

Más de 667.000 casos y 13.400 fallecidos en Castilla y León es el trágico balance que ha dejado el Covid cuando se cumplen dos años desde que el país se

parase por el primer estado de alarma. El cansancio físico y psicológico se acumula en unos sanitarios que empiezan a ver algo de luz aún con incertidumbre.

PEDRO ENRÍQUEZ (JEFE DE SERVICIO DE UCI)

«Tenemos muy buenos profesionales que se pusieron al frente sin preguntar»

M. ANTOÍN VALLADOLID

Como «un choque tremendo» vivieron en las unidades de cuidados intensivos la llegada del Covid. Desde los primeros días de marzo de 2020 vieron como se llenaban sus camas de enfermos que empeoraban en muy poco tiempo a consecuencia de un virus desconocido para unos profesionales sanitarios que no habían visto hasta ahora tal «sobrecarga». Además, de pacientes con una «mortalidad muy alta», sobre todo en la primera ola. Las plazas de las UCI tuvieron que ampliarse ante una demanda disparada y una permanencia «muy larga», atípica hasta entonces. «Hasta 33 días, cuando en otras patologías suele ser 6 ó 7», asegura el jefe de servicio de la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital Río Hortega de Valladolid, Pedro Enriquez.

«Llegaban enfermos muy graves y los que venían precisaban ventilación mecánica en un 90 por ciento de los casos», explica al recordar una situación que califica de «muy límite», agravada por tener que trabajar durante largas horas con los equipos de protección.

«El principio fue un shock para todo el sistema sanitario, algo que no habíamos vivido nunca», insiste, al que siguieron olas que pudieron ya «contenerse más» y en las que los enfermos no «llegaban tan en bloque». Y

Pedro Enriquez en el exterior del Hospital Río Hortega // HERAS



dos años después, todo lo vivido «debería hacernos reflexionar para mejorar». «Volver a lo que teníamos en 2019 sería un error. Hay muchos aspectos que han cambiado», asegura, antes de defender que se debe «tender a más cosas» de críticos.

Otra de las enseñanzas que, a su juicio, se puede extraer de estos duros meses de trabajo es que «la gestión clínica debe estar descentralizada». «Se ha demostrado que el sistema sanitario ha respondido y eso es un valor», por

lo que «debería confiar en sus profesionales».

La «sobrecarga de pacientes graves en un periodo corto de tiempo», «muchos meses trabajando con una ocupación muy alta», «la sensación de miedo» y «el temor a no tener camas suficientes» generó sensación de «ansiedad» en un colectivo «lleno de buenos profesionales que, cuando hubo cosas difíciles, se pusieron al frente sin saber nada y sin preguntar». A día de hoy, la UCI del Río Hortega de Valladolid sigue viendo casos con Covid y, pese a que a nivel social «se ve la luz al final del túnel», sigue con una ocupación bastante elevada, ahora ya con más pacientes sin el virus. «No sé qué va a deparar el futuro, pero creo que está enfermedad persistirá y, con una vacunación amplia, afectará sobre todo a personas con enfermedades debilitantes, a lo que habrá que dar respuesta», concluye.

XOAN GONZÁLEZ (RESIDENCIA DE MAYORES)

«A los mayores les costó ponerse la mascarilla, pero ahora no se la quieren quitar»

M. A. VALLADOLID

El Covid borró las actividades en grupo y las acciones colectivas en las residencias de ancianos. La vida se transformó en estos centros, muy golpeados durante las primeras olas de la pandemia, y obligó a los profesionales a «reinventar» su trabajo. Así lo asegura Xoan Manuel González, el responsable de esas actividades en la Residencia Cardenal Marcelo, dependiente de la Diputación de Valladolid, que, durante los meses iniciales, vio como se contagiaban casi todos los residentes, aunque la mayoría sin síntomas. Todos tuvieron que confinarse en sus habitaciones y «fue una decisión valiente restringir los movimientos» para evitar más contagios.

Entonces, Xoan se encargó de transmitir información a los familiares: «¡Vamos con la tablet para ir haciendo videollamadas», recuerda. Poco a poco, pudieron volver a salir al jardín y con la mejora de la situación, tras sucesivas olas, se recuperaron con prudencia las visitas. Pero su trabajo «sigue siendo diferente al que hacía en 2019», ha «reorientado» su labor porque aún siguen sin hacerse grandes actividades conjuntas. «Hemos tenido que multiplicar los estímulos», explica, para que los mayores no se vieran privados del estímulo social y cultural. Y se han acostumbrado a la nueva normalidad. «Les costó ponerse la mascarilla, pero ahora no se la quieren quitar. Actúan con mucha responsabilidad», resume.

de la Sociedad de Medicina de Familia y Comunitaria de Castilla y León. En especial, han sentido el temblor de la sexta ola como un «desbordamiento absoluto, con Covid solapado con gripe y otras infecciones» y «compañeros que han llegado a ver 70 pacientes al día», un nivel que «afortunadamente» ya ha descendido.

«Ahora estamos más tranquilos, pero la sensación es de agotamiento», indica una profesional que al principio de la epidemia, cuando existía un «miedo generalizado» y la población estaba confinada y «muy asustada» ante una situación desconocida hasta la fecha, continuó con las visitas presenciales al centro de menores donde también pres-

ta servicio. «No sabías que te ibas a encontrar y te protegías como podías. Mi obligación era trabajar y así lo hice, aunque miedo hemos tenido todos», expresa Gutiérrez, que, pese a tener un cupo reducido de pacientes, sí ha tenido, como muchos de sus compañeros, que asumir la sustituciones de personal que iba cayendo contagiado.

Aprender de lo ocurrido

«Lo más duro ha sido perder a gente, personas que tenían nombres y apellidos y familiares y amigos que les querían», lamenta. Cree, además, que es importante «aprender» de lo ocurrido y que algunas cosas han venido para quedarse y pueden aportar. Como

